

Comentarios de Películas / Film Reviews

El Hundimiento (Der Untergang). Hirschbiegel, Oliver (dir.); Eichinger, Bernd (prod.); Müller, Melissa et al. (guión). Alemania, 2004, 150 min: son., col.

Por Juan José López Cabrales
(Universidad de Cádiz)

El libro de Joachin Fest *El hundimiento*¹ y la película homónima sobre los últimos días del III Reich vuelve a poner de moda un tema del que, como seres humanos nacidos en el siglo XX, no podremos jamás olvidarnos del todo: La atrocidad de un Régimen político que llegó al poder a través de métodos democráticos y que se convirtió en una máquina de exterminio precisa, implacable, organizada, y, en una palabra, letal. Me ha resultado atroz calcular que cuando tenía lugar el suicidio de Hitler, Eva Braun, Göbbels, su esposa, el asesinato de sus hijos y todo ese baño de sangre mi padre tenía exactamente la edad que tiene ahora mi hijo mayor.

Viendo la actitud de los personajes que rodeaban al Führer es fácil comprender e incluso compartir la clásica explicación carismática del poder. Hitler aparece como alguien amable e incluso afectuoso a veces (las últimas imágenes que se le tomaron vivo, condecorando a un grupo de niños héroes de la defensa de Berlín lo muestran parkinsoniano, sonriente y acariciador), pero en el fondo frío y distante, capaz de pasar de la educación más extrema a los más extremos ataques de furia al sentirse traicionado por el generalato (debí haber fusilado a todos los generales, como hizo Stalin, es una de las frases más significativas de la cinta). Se trata una especie de máquina de hablar, de reflexionar, de pensar, siempre en una clave nietzscheana mal entendida, siempre en los términos de lucha débiles/fuertes, judíos/arios. Alguien convencido de su infalibilidad (no necesité asistir a una academia para conquistar media Europa). Pero alguien cuyo interior, como indica con su sempiterna sonrisa Eva Braun, resulta imposible conocer.

El poder corrompe, por más que, como otros dictadores obsesionados por el poder, no parece que Hitler se hubiera tomado demasiadas molestias en amasar una gran fortuna personal. Otros personajes de su entorno no actuaron, obviamente, de la misma manera. Es curioso como al recibir el telegrama de Göring, verdadero golpe de estado, Hitler lo califica más que como traidor como corrupto sin paliativos, algo que toda Alemania, incluyendo al propio Führer, sabía. Ciertamente, el Mariscal de la Lutwaffe había acumulado la colección privada de arte más valiosa de la historia, superando la que hoy exhiben orgullosos en sendos museos del Central Park neoyorkino, a pocos metros de distancia, las familias Frick o Guggenheim. ¿Por qué consintió Hitler aquel alarde de avaricia? Posiblemente le traía sin cuidado la opinión del pueblo sobre la actuación de sus subalternos. Pero, ¿puede también haber pesado una suerte de lealtad al viejo amigo de los tiempos de Munich, compañero del putsch de la cervecería y de los años oscuros de persecución y cárcel? En ese sentido también puede explicarse su reacción al enterarse de que Himmler había iniciado conversaciones de paz a través del diplomático sueco (luego víctima de un atentado en Oriente Medio) conde Folke Bernadotte. El Führer se lamenta sobre todo de que haya sido el fiel y leal Himmler, autor del diseño del exterminio de seis millones de judíos, quien también le haya tracionado. Y también llama la atención la actitud del elegante y enigmático Albert Speer, con apenas 42 años en ese momento, arquitecto de profesión, autor de las ideas de esa nueva Roma que iba a ser el Berlín de Hitler, y recompensado con el cargo, que ejerció hasta el final del Reich, de ministro de armamento. Speer consigue llegar al bunker del Führer y se atreve a confesarle que ha desobedecido sus órdenes para asegurar la pervivencia futura de Alemania, añadiendo que mantiene intacta su lealtad, algo que sin duda él intuía que iba a salvarle la vida -y acertó, pues murió muchos años después tras haber pasado 20 en la prisión de Spandau donde redactó unas voluminosas memorias, documento fundamental

para comprender esa etapa de iluminación, contradicción y locura que fue el III Reich-

Y he aquí, desde mi punto de vista, el concepto esencial sobre el que gravita el liderazgo, el poder y el carisma de Hitler: El de lealtad (y terror). El de persona capaz de asegurarse no sólo la simpatía y admiración de otros políticos extranjeros que confiaron en él, sino sobre todo la lealtad de quienes le rodean. Del joven oficial que consigue 200 litros de gasolina para incinerar el cadáver del Führer, del diplomático que espera a los rusos, rodeado con otros fieles al Reich dispuestos a morir antes que a entregarse y que ingiere la cápsula de cianuro que el propio Hitler le ha entregado haciéndole jurar que la tomará antes de ser capturado para no poder revelar secretos íntimos -¿de qué naturaleza?-, del de tantas personas anónimas que ahorcaron el último día de guerra a sus semejantes o se ahorcaron o dispararon no pudiendo imaginar un mundo sin III Reich, esto es, sin Hitler. ¿Es extraño que considerase a su perro mucho más inteligente -fiel- que la mayoría de las personas? ¿Es extraño que una de sus últimas decisiones fuera nombrar sucesor al Almirante Dönitz, suficientemente gris como para no eclipsar la memoria de Hitler en el caso de una inesperada victoria final en la que quizá el Führer creyó hasta el último momento.

¿Por qué había logrado Hitler ganarse la lealtad de quienes le rodeaban en el bunker sabiendo que caminaban hacia el desastre? ¿Por qué nadie le descerrajó un balazo? En el caso de algunos generales por un visceral rechazo ante la posibilidad de volver a capitular como en 1918. En el caso de otros, como Keitel -apodado Lakeitel, lacayo- por miedo o quizá falta de inteligencia para contradecir las descabelladas decisiones de Hitler. En algunos debió de pesar el convencimiento de que no era posible concebir un mundo sin nazismo, es el caso de algunos fanáticos -como Goebbels, que arrastra a la muerte a su esposa (nótese el detalle de que es ella, y no él, la que carga con el peso del envenenamiento de los seis hijos, pero también de que es ella la que se arroja a los pies de Hitler, instantes antes del suicidio de éste, quizá como última esperanza de poder también salvar a su familia)-. En el caso de Eva Braun, por amor. Por extraño que pueda parecer que alguien positivo y hasta banal como esta bella muchacha pudiera enamorarse de un monstruo paranoico y fanático, el hecho se convierte en la prueba más certera de que el amor constituye un sentimiento irracional y ciego.

Es evidente que Hitler, siendo un triste cabo austriaco de paternidad incierta, para lograr primero la confianza de quienes le rodeaban, para ganar luego los votos del pueblo alemán y vencer las suspicacias del viejo Hindenburg y para conseguir finalmente estructurar una máquina asesina (basada en el juramento de lealtad a su persona), tenía que dominar de manera intuitiva pero absolutamente eficaz lo que hoy llamaríamos inteligencia emocional. Un ser que generalmente creía de una manera inquebrantable aquello que decía -pero que también podía, llegado el caso, hacer creer a los demás su fe ciega incluso en aquello en lo que no creía pero en lo que le convenía creer-, alguien capaz de convencer o atemorizar individualmente a las personas y de galvanizar a las masas con discursos encendidos que les hacían confiar en un futuro de grandeza y esperanza que contrastaba con la humillación de Versalles y la miseria de la crisis del 29. Sabemos que su política económica basada en obras públicas e industria de armamento estaba abocada al fracaso a medio plazo, pero exigía una guerra para poder mantenerse. Y en nombre del lebensraum Hitler llevó a su pueblo y a Europa a una guerra brutal sin que le temblase el pulso más que en los años finales, y más que por vacilaciones ideológicas como simple consecuencia fisiológica del mal de Parkinson. Una guerra en la que 50 millones de seres humanos de todas las edades perdieron la vida, y muchos millones más quedaron definitivamente marcados física o emocionalmente y que quizá hubiera podido pararse si las potencias democráticas hubieran reaccionado con mayor contundencia en Stressa. Argumento que, de manera innoble, esgrimió hace pocos meses Georg W para justificar su injustificable -pero cometido al fin y al cabo- ataque a Irak (y no porque Saddam sea de mejor catadura que Adolf, sino por evidentes diferencias de recursos bélicos entre uno y otro; no es casualidad que la gran patraña, la que hacía a Saldam un Hitler en potencia fuesen las inexistentes armas de destrucción masiva).

La II Guerra Mundial equivale a 200 tsunamis como el que hemos vivido hace dos meses. Por eso es importante hallar explicaciones racionales que nos pongan en guardia contra ese tipo de líderes carismáticos. Ellos sienten su poder, llegan a imaginar que es la mano divina, o en el caso de Hitler, poco o nada creyente, la de un destino superior la que les dirige. Se consideran infalibles (pero sabemos que Hitler se equivocó en una de sus predicciones finales: imaginó el

comunismo dominando a las débiles democracias occidentales al olvidar que el elemento esencial que mueve el devenir político no es tanto la ideología -en cuyo caso hubiera sido posible este desenlace- sino la economía). Líderes aclamados por masas enfervorizadas y entregadas y que no son, al fin y al cabo más que seres humanos. Seres humanos capaces de hacer caminar a una persona o a todo un pueblo por un camino por el que no quiere transitar haciéndoles creer que sí.

Luego viene el olvido. La parte más emotiva de la cinta es la declaración final de la secretaria de Hitler, de la secretaria real, no de la actriz, convertida ya en una anciana. "Yo no era nazi, pero ayudé a Hitler. Yo nada sabía de los crímenes (cuántas cartas con condenas de muerte debió de mecanografiar esta mujer, quizá la del almirante Wilhelm Canaris, brutalmente torturado y asesinado después del atentado contra Hitler de 1944), pero pude haber sabido". Por regla general, todos los alemanes de más de setenta años se niegan a aceptar que en el fondo sabían o podían haber sabido todo el horror que se cocinaba a pocos metros de sus confortables hogares berlineses. Se trata de un recurso psicológico habitual y muy humano: la negación. Un sentimiento de culpa subyace en el pueblo alemán, tanto más grande cuanto Alemania no parece haber sido castigada por ello. Pronto volvió a ser la locomotora que tiró de Europa -estoy seguro de que pronto resolverá los problemas que ha implicado algo tan complejo como la reunificación-. Hizo las paces con Francia, pidió perdón a los judíos. Es un pueblo noble y amigo. Un pueblo que carga con un peso parecido al que hoy debería atormentar a los norteamericanos, al que pudo pesar sobre los ingleses del XIX, los franceses del XVIII o los españoles del XV. En cualquier caso no estamos hablando de juicios a la historia, sino de futuro. Igualmente que yo no tengo por qué pagar el exterminio de Indios en La Española en el XVI, mi amigo Konrad tampoco tiene nada que ver con el exterminio de Dachau, aunque su abuelo fuera uno de los guardias. Aprendamos del pasado y miremos siempre al futuro. Si queremos evitar males mayores, o simplemente, evitar la condena sísifea a repetir la historia una y otra vez el futuro pasa, por la desaparición de este tipo de liderazgo que no se encuentra, ni mucho menos, extirpado del corazón de nuestros sacrosantos y en tantos sentidos obsoletos sistemas demoliberales. El hecho de que esta renovación sea o no posible ya es una cuestión muy distinta.

¹ Fest, Joachim, *El hundimiento: Hitler y el final del III Reich*. Barcelona, Círculo de Lectores, 2004.

Madrid 11-M: todos íbamos en ese tren. Manso, Borja et al. (dir.); Ponce de León, Francisco et al. (prod.); Manso, Borja et al. (guión). España, 2004, 110 min: son., col.

Por Diego Iturriaga Barco
(Universidad de La Rioja)

El presente documental, que en primer lugar fue editado para su proyección en cines y que en octubre de 2004 fue editado en formato DVD, recoge veinticuatro piezas de treinta y un directores con una temática común: los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 que se produjeron en Madrid, de manos de algún grupo terrorista neosalafista o wahabista vinculado a Al Qaeda, el grupo liderado por Osama Bin Laden y Ayman al Zawahiri. Este largometraje documental se ha elaborado por la iniciativa de DocusMadrid (Asociación para el desarrollo, producción y difusión del género documental) y ha contado con la colaboración de la aiTe (Asociación de las Industrias Técnicas del Audiovisual Español), que han tomado prestada la idea que llevaron a cabo once directores (entre los que podemos destacar a Danis Tanovic, Ken Loach, Alejandro González Iñárritu o Sean Penn) en su película *11'09''01* en la cual pretendieron reflejar mediante lo que saben hacer mejor, películas, su particular visión de los atentados perpetrados el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington.

Al igual que el largometraje documental sobre el 11-S, *11-M: todos íbamos en ese tren* es una obra colectiva de un conjunto de directores que pretenden exponer sus puntos de vista para remover nuestras conciencias individuales pero sobre todo para dejar testimonio de lo que allí ocurrió y para no permitir que el olvido se haga más fuerte que nuestro recuerdo.

Así pues, encontramos varias similitudes entre ambos documentales, principalmente la temática así como el objetivo final de su visionado, pero también encontramos diferencias. Mientras que en la cinta sobre el 11-S, sólo participaban once directores, en el documental español participan un total de treinta y uno. Otra diferencia significativa es la duración de cada corto ya que mientras que en el caso de los atentados en EEUU se tenían que ceñir a once minutos, nueve

segundos y un fotograma (jugando con la fecha del atentado: 11'09'01), la duración en la cinta española es libre aunque de media la podríamos situar en los cinco minutos.

Nos hallamos en ambos casos ante una película coral, una película colectiva que igualmente coinciden en su intención de, mediante sus fotogramas, rendir un homenaje a los muertos, a las víctimas, a sus familiares y a las ciudades que fueron atacadas. En ambos casos, todos los beneficios de su visionado así como de la venta de sus ejemplares están totalmente destinados a las víctimas.

En el caso de la cinta española, echamos en falta la creación de cortos por parte de directores españoles de más renombre (prácticamente son sólo conocidos Jaime Chávarri o Manuel Martín Cuenca para el gran público) o incluso de directores extranjeros a semejanza de los que sí ocurrió en el caso de la obra colectiva realizada sobre el 11 de septiembre en el que participaron once realizadores de orígenes y culturas distintas, para reflejar desde diferentes ópticas sus visiones ante un mismo hecho. Aún así, esto no desmerece para nada el documental, el cual consta como ya hemos reflejado de 24 piezas que están unidas por micropiezas de continuidad en las que podremos ver imágenes de los trenes de cercanías de RENFE, trenes exactamente iguales a los que explotaron hace ahora trece meses.

En la cinta que nos atañe se remarca que la película no tiene afán de lucro ni ningún fin partidista siendo su objetivo únicamente reflejar y profundizar en lo sucedido más allá del flujo informativo, con la intención de mostrar el mayor número de puntos de vista posible de aquel acontecimiento; entendiendo éste en su sentido más amplio ya que recordemos que tres días más tarde estaban convocadas elecciones generales, las cuales fueron ganadas por el PSOE liderado por José Luis Rodríguez Zapatero poniendo fin a ocho años de gobierno del Partido Popular. Por lo tanto, debemos entender el acontecimiento en un sentido más amplio de lo que desde diferentes medios se pretende ya que la cercanía entre los atentados y las elecciones así lo requiere.

Sería difícil destacar un corto de otro ya que todos, rodados en color o en blanco y negro, con sus silencios, con sus gritos, con sus testimonios, con sus críticas, con lo que dicen y con lo que no dicen... son dignos de resaltar.

Desde el testimonio del ciego que viajaba en uno de aquellos trenes que no entiende lo que está sucediendo a su alrededor a las palabras de aquellos que han perdido a sus parejas, a sus familiares o a sus amigos en estos atentados. Igualmente conmovedor es el testimonio de los supervivientes o de los allegados a estos, quienes aunque hayan salvado la vida no logran superar psicológicamente, aunque haya pasado más de un año, lo que allí vivieron. Una de las salidas a tanto dolor es encontrada por muchas de estas víctimas cuando comparten sus experiencias, cuando se deciden a hablar, a dibujar, a escribir aquello que les angustia. Igualmente podemos destacar el testimonio de una anciana que compara los atentados del 11-M con el horror todavía presente en muchos españoles de la guerra civil que le tocó vivir de niña, palabras que lleva a un instituto madrileño ante la mirada atenta de decenas de adolescentes. Palabras que no nos dejan indiferentes, que nos emocionan como también lo hacen las palabras de los médicos que aquellos días trabajaron a destajo o de varios inmigrantes (rumanos, colombianos, ecuatorianos o marroquíes) que perdieron a sus hijos y a sus amigos aquel 11 de marzo.

Otros cortos como el de Vicente Mora y Daniel Quiñones, por su parte, quieren reflejar la importancia que tuvieron los móviles en aquel acontecimiento *11 14-M* ya que a través de ellos se pudo encontrar a gente, conocer su estado, aventurar sobre la autoría de los atentados, convocar manifestaciones... "Pásalo" fue la palabra más escrita aquellos días en los móviles no sólo de los madrileños sino de todos los españoles para transmitir información de todo tipo.

Igualmente la creación de estos cortos ha sido utilizada por otros directores para denunciar de una manera más o menos explícita los errores que llevaron a estos atentados, así como para buscar la génesis del primer atentado de Al Qaeda en Europa. Se llega a hablar de manipulación informativa, ocultación de datos, incomunicación o comercialización en clara acusación al gobierno de aquel momento como responsable, al menos en parte, de lo que en marzo de 2004 ocurrió. En la misma línea encontraríamos el corto de Pedro Barbadillo quien combina escenas ruidosas de guerra, imágenes de Irak, de los abusos de la cárcel de Abu Ghraib, de la impresión de dólares y euros, de la bolsa de Nueva York o la de Tokio o simplemente de petróleo con imágenes de

silencio del 11-M en una clara alusión causa-efecto que explicaría, a su modo de ver, lo ocurrido.

Tras su visionado nos percatamos de que es este un DVD documental en la misma línea que *11'09''01* tal y como decíamos líneas arriba pero también unido a 'The Last Days' producido por Steven Spielberg y The Shoah Foundation quienes mediante el testimonio de cinco personas quieren que nunca se deje de recordar el Holocausto, del cual ellos sobrevivieron. Nuestra cinta pretende lo mismo: quiere combinar las informaciones provenientes de los testigos con imágenes (verdaderas y recreadas) de un gran valor histórico, uniendo así dos fuentes imprescindibles para el estudio de la Historia Actual, como son las fuentes orales y las fuentes audiovisuales, en este caso concreto singularizado en el cine documental.